

Humanos, malvenidos al antropoceno. *Terrestres en pie de guerra*

Acerca de LATOUR, Bruno. (2017) *Cara a cara con el planeta. Una nueva mirada sobre el cambio climático alejada de las posiciones apocalípticas*, Buenos Aires: Siglo XXI editores.

Entrados ya en el siglo XXI y subidos al tren imparable de la modernización, nos vemos en la necesidad urgente de comenzar a pensar acerca de los modos de vida y las formas de ocupar el suelo o habitar la Tierra. Cuando la mundialización del modo de producción capitalista ha impuesto como pensable y deseable un único modo de vida, en donde la relación con los múltiples existentes se define por la apropiación y la explotación, pensadores como Bruno Latour nos recuerdan que hay alternativas, otros modos de co-habitar el espacio, o que al menos no tenemos otra salida más que *componer* e imaginar colectivamente esas alternativas. El monólogo occidental que define la historia como una narrativa de desarrollo indefinido nos impide ver (debido a la eficacia retórica de los *climatoescépticos*) que esa luz que vemos al final del túnel no es, como diría Slavoj Žižek, una salida sino un tren que viene de frente. Las alarmas no han dejado de sonar, sin embargo, pocos han querido escucharlas; la articulación de esas alarmas nos informan que hemos entrado, de manera catastrófica, en un *Nuevo Régimen Climático*. ¡Malvenidos a la era del Antropoceno!

En la reciente traducción, editada por Siglo XXI, del libro de Bruno Latour *Face à Gaïa. Huit conférences sur le nouveau régime climatique (Cara a cara con el planeta. Una nueva mirada sobre el cambio climático alejada de posiciones)*, el autor presenta ocho conferencias dictadas durante el 2013 en Edimburgo, en el marco de las Conferencias Gifford sobre “religión natural”. El título original en francés nos pone ante esa figura enigmática que convoca un conjunto intrincado de problemáticas, saberes y prácticas: Gaia. A su vez la intrusión de Gaia nos obliga a repensar, desmontar y reensamblar las categorías y disciplinas con las cuales nos hemos pensado en tanto sujetos humanos Modernos, inmersos en una historización causalista cuyo despliegue nos impulsa hacia la promesa del Progreso futuro, desde siempre imposible de ser alcanzado.

Repensar las categorías que sostuvieron la racionalidad occidental de los Modernos significa exhibir la maquinaria denominada proceso civilizatorio que, a fuerza de

“descubrimientos” y “desarrollos”, encubrieron la violencia y el exterminio de múltiples modos de relacionarse con lo que esa misma Razón llamó Naturaleza. Dicha Naturaleza no puede existir sin el par al que se opone, la Cultura de los seres humanos concebidos como los únicos seres con capacidad de actuar y transformar su entorno con el fin de subsistir y mejorar las (sus) condiciones (confort) de existencia. La relación que establece el par Naturaleza/Cultura no es sino la del sujeto animado que se acerca a los objetos que lo rodean, el conglomerado de materia inerte, buscando extraer un conocimiento sobre ellos para de este modo utilizarlos en beneficio propio. La epistemología prima sobre la ontología, diría Latour, y a través de ella nos vemos privados de concebirnos como uno de los tantos agentes, no ya los únicos sujetos, con la capacidad de actuar, retroactuar e incidir en el proceso de “hacer mundo” (p.50). Sentir y percibir el *mundo*, y no ya el entorno natural o el medio ambiente *desanimado*, es abrirse a los múltiples *existentes* y a la multiplicidad de maneras que tienen de existir. Desaparece así la Naturaleza, e indefectiblemente la Cultura, y nos las vemos cara a cara con Gaia, De lo que se trata en el choque entre Naturaleza y Gaia en definitiva es, no sólo de diferentes cosmologías o *cosmogramas*, sino de concepciones que entran en disputa (conflictivas) al momento de relacionarse y tejer redes —multiformes, caóticas, precarias, encarnadas y situadas a partir de Gaia— con el *pluriverso*, como diría William James. La figura de Gaia exige tomar a su cargo otras maneras de sensibilizar las *potencias de actuar (agency)* de/entre los existentes y sus performances, e impone así otras obligaciones, otras morales, otras leyes. Con Gaia nos hallamos ya no en la Naturaleza sino sobre la Tierra, sobre un *suelo* compartido con otros seres extraños y de exigencias multiformes. Gaia descompone a los Humanos para que de allí emerjan otras posibles maneras, políticas, de *componer* relaciones mutuas entre los *colectivos Terrestres*.

A lo largo de las ocho conferencias el pensador francés proveniente de los *Science and Technologies Studies* emprende la ardua tarea de (re)presentarnos a Gaia, figura-concepto llave que retoma de la teoría del *geofisiólogo* y multifacético James Lovelock. Lo que logra hacer Lovelock, que sirve a Latour para repolitizar las acciones de los *pueblos terrestres*¹ en su lucha por la *toma de tierras* y la definición del *territorio*, es volver la mirada hacia el espacio *sublunar* (tercer planeta del Sistema Solar) y comprender esa zona metamórfica cuyo *drama geohistórico* y sus sucesivos *acontecimientos* conocemos como la aparición y avatares del “fenómeno vida”. El concepto de Gaia, profano, terrestre, rescata no sólo la precariedad y finitud de los modos de existencia (entre ellos la del *homo sapiens* según el relato de la ciencia biológica), sino que, a su vez, captura la distribuida intencionalidad de todos los agentes, cada

uno de los cuales modifica el entorno a su conveniencia: “Cada potencia de actuar modifica a sus vecinos, aunque fuere ligeramente, para tornar su supervivencia menos improbable” (Latour, 2017, p.117). Gaia es esa zona metamórfica, es una Tierra que, a partir de la entrada en la era del Antropoceno, descubrimos que no sólo se mueve, como lo hacía la Tierra de Galileo —del discurso de la Ciencia Moderna—, sino que se *conmueve*. Es una Tierra con “zonas críticas”, que podemos conocer pues hemos ingresado en un tiempo —*Nuevo Régimen Climático*, advierte Latour una y otra vez— en el cual las sociedades de los Modernos y su(s) modo(s) de vida —el hegemónico es el modo capitalista, como dijimos— han pasado a ser una fuerza activa más entre aquellas consideradas durante el Holoceno como “fuerzas naturales”. La Tierra del Antropoceno, uno de los tantos nombres de Gaia, no sólo es esa atmósfera en desequilibrio químico reconocida por los climatólogos, sino que sobre todo se muestra más que nunca como ese envoltorio activo, local, limitado, sensible, frágil, tembloroso y fácilmente irritable cuyas capacidades de actuar responden a las acciones humanas regidas por el Mercado y la Economía (fracking, megaminería, deforestación, monocultivo, etc.).

Hacer frente a Gaia es también asumir la retroacción de la Tierra. Latour retoma de la “comunidad de geólogos” el término con el que (desde 2012) se busca definir una nueva época geológica, la cual puede ser situada de acuerdo a distintos hitos en 1800 (comienzos de la Revolución Industrial) o en 1945 (era nuclear), y lo extiende a un concepto antropológico, religioso y fundamentalmente político pertinente para desmontar las nociones de Moderno, de modernidad y los caminos (ineluctablemente hacia adelante: *plus ultra*) que dichas nociones determinan. La llegada de esta nueva época ubica a los Humanos en una escritura de la Tierra (dejan su huella en la roca), y los inscribe por tanto en una *geohistoria*, lo que destruye una imagen global del planeta y los sitúa literalmente sobre su suelo. El planeta azul ya no puede ser concebido como una esfera capaz de ser contemplada desde afuera en una falsa pretensión de totalidad “¿Cómo escapar —se pregunta Latour— de la carga excesiva del Globo?”, “¿Cómo no caer en la trampa global de un sistema superior que cubre la vida como forma de un termostato regulador?” (Latour, 2017, p.151). El humano, en la época del Antropoceno ya no puede ubicarse a un costado de la historia terrestre, ya no puede aprehender la Tierra como un Globo sin pensar cómo se transita, sino que —una vez pinchada esa noción— vuelve a sentir la *materialidad del mundo*, y se ve en la obligación de considerar que cada acción repercute a modo de bucle de retroacción; es decir, percibe, ante la amenaza urgente y material de la destrucción que plantea el advenimiento irreversible del Antropoceno, que la tierra es verdaderamente redonda y que sus acciones recaerán sobre él. Disuelto este

concepto de globalidad, el Antropoceno pone a la (geo)historia en el centro de la acción y a los distintos pueblos y entes animados de esa geohistoria como sus actantes. Latour recurre a la figura de la torre de Babel, una vez caída la torre se descompone el concepto universal, unificable y virtual (global) de lo humano. El Antropoceno no solo pone fin al antropocentrismo sino también a la unificación de la especie humana:

Ante el Antropoceno, una vez descartada la tentación de ver en él simplemente un nuevo avatar del 'Hombre frente a la Naturaleza', probablemente ya no haya mejor solución que proseguir la desagregación de las figuraciones habituales hasta que lleguemos a una nueva distribución de los agentes de la geohistoria. Nuevos pueblos para los cuales el término *humano* no tenga necesariamente sentido y cuya escala, forma, territorio y cosmología estén por rediseñarse. Vivir en la época del Antropoceno es forzarse a redefinir la tarea política por excelencia: ¿qué pueblo forman ustedes, con qué cosmología y en qué territorio? (Latour, 2017, p.165).

El calentamiento global, o cambio climático, es una de las tantas alarmas que nos ha dicho que el Antropoceno ha llegado y que vivimos en los tiempos del fin, *durante* el fin, no porque el Apocalipsis judeocristiano vaya a ocurrir, sino porque la vida de los varios existentes terrestres y sus modos de existir puede tener un final. Ser apocalípticos a lo Latour es *temer* el fin, pero para *equivocarnos*, únicamente para gozar cada día de la oportunidad de estar aquí. Ser apocalípticos implica saber que habitar este suelo terrestre es hacerlo en un *estado de guerra permanente*, donde los diferentes pueblos y sus composiciones de colectivos —con su respectiva distribución de las capacidades de agenciamiento— luchan por la significación del territorio —aquello de lo que uno depende para subsistir—, que entre otras cosas no es sino admitir a quiénes se está dispuesto a sacrificar al momento de descubrir los intereses propios:

Ese es, a mi modo de ver, el interés de hacer frente a Gaia, que es una figura tan poco religiosa como secular. Gaia es un *mandato de rematerializar la pertenecía al mundo* (...) O para decirlo de otra manera, Gaia es una *potencia de historización*. O más sencillo aún, como su nombre lo indica, Gaia es la señal de regreso a la Tierra. Si quisiéramos definir su efecto, podríamos decir que es el único medio de hacer temblar nuevamente de incertidumbre a los Modernos sobre lo que son, así como

sobre la época en que viven y el suelo sobre el que se encuentran, exigiendo de ellos que por fin a tomar en serio el *presente* (Latour, 2017, p.245).

BIBLIOGRAFÍA

LATOUR, Bruno. (2017) *Cara a cara con el planeta. Una nueva mirada sobre el cambio climático alejada de las posiciones apocalípticas*, Buenos Aires: Siglo XXI editores.

Referencias

ⁱ Entre los pueblos terrestres se cuentan aquellos que se reconocen como Humanos, en tanto seres sobreamados —dotados de una conciencia, capacidad de actuar, libertad, reflexividad, sentido moral, etc.— en oposición a un mundo material, natural, desanimado —sin capacidad de acción, de establecer lazos, etc.— nacido de los discursos cientificistas.

Fecha de recepción: 1 de diciembre de 2017

Fecha de aceptación: 5 de marzo de 2018

Licencia  Atribución – No Comercial – Compartir Igual (by-nc-sa): No se permite un uso comercial de la obra original ni de las posibles obras derivadas, la distribución de las cuales se debe hacer con una licencia igual a la que regula la obra original. Esta licencia no es una licencia libre.

